

El pensamiento de Sraffa: un análisis de sus supuestos subyacente

Reseña

La economía como ciencia estricta. Por Fernando H. Azcurra. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2013. 170 páginas.

ISBN 978-987-652-081-2

León Olivé sostiene que toda investigación se realiza dentro de marcos conceptuales, los cuales incluyen los recursos técnicos y conceptuales que las personas, dentro de una sociedad, tienen para interpretar el mundo. También contienen las formas de razonamiento consideradas aceptables dentro de una sociedad, incorporando los principios metodológicos para aceptar o rechazar creencias y cursos de acción.

“La importancia de los marcos conceptuales reside en que pueden permitir o impedir la identificación de ciertos hechos, ya sea al condicionar la percepción y la observación, o el reconocimiento indirectos de hecho por medio de teorías; también pueden permitir o impedir la formulación de ciertos problemas, el reconocimiento de ciertos hechos como relevantes para determinados problemas, y también permiten o impiden que se construyan o que se acepten teorías y concepciones específicas acerca del mundo.” (Olivé 1996, 39).

En el mismo sentido, el sociólogo Alvin Gouldner elaboró la cate-

goría de Supuestos Básicos Subyacentes (Gouldner 1970, 34-40), que tiene la ventaja de remarcar la característica de que los investigadores no suelen ser conscientes de muchos de los mismos.

El libro del profesor Azcurra se ocupa precisamente de poner en evidencia los supuestos profundos que yacen detrás de la teoría sraffiana, encarando distintos niveles de la misma. Como el autor sostiene al analizar la influencia de distintos autores de la tradición empirista inglesa sobre el trabajo de Sraffa:

“...en sus ideas y en su obra, aparece este trasfondo académico filosófico como un legado subyacente de sus premisas analíticas y demás podría decirse que era el “ambiente” o clima cultural cotidiano de toda labor intelectual científica en Inglaterra, la patria del empirismo.” (Azcurra 2013, 26).

Dentro de los temas tratados en el libro, se puede mencionar en primer lugar el papel del uso de las matemáticas en economía. El autor no niega la importancia del cálculo en la disciplina pero: “...*El desafío no es otro que usar la matemática sin perder realidad social e histórica como condición del verdadero conocimiento en Economía Política...*” (Azcurra 2013, 132).

Hay que mencionar que esta discusión tiene una larga historia, de la cual voy a mencionar un par de hitos importantes:

En primer lugar, la diferencia entre Walras y Marshall en este tema, donde el primero representa el enfoque matemático:

“...No obstante, es cierto que la mecánica pura debe preceder a la mecánica aplicada. De igual forma, existe una *economía política pura* que debe preceder a la *economía política aplicada*, y la primera es una ciencia semejante a las ciencias físico-matemáticas en todos los aspectos. Esta afirmación es nueva y parecerá extraña...” (Walras 1890, 162).

Y también:

“El método matemático no es el método *experimental*, sino el método *racional*. Las ciencias naturales propiamente dichas, se encuentran limitadas a una simple y pura descripción de la naturaleza sin sobrepasar las fronteras de la experiencia? Dejo a los naturalistas la respuesta a esta pregunta. Lo que resulta seguro es que las ciencias físico-matemáticas, al igual que las ciencias matemáticas propiamente dichas, sobrepasan las fronteras de la experiencia, de la que han tomado sus tipos. Estas ciencias abstraen de los tipos reales los tipos ideales que definen y sobre la base de estas definiciones, construyen *a priori* todo el andamiaje de sus teoremas y demostraciones. Tras esto, retornan a la experiencia, no para confirmarlo, sino para aplicar sus conclusiones. Cualquiera, por poco que haya estudiado geometría, sabe perfectamente bien que los radios de una circunferencia no son iguales entre sí, y que los tres ángulos de un triángulo no suman dos rectos. Excepto en las circunstancias y triángulos abstractos e ideales.” (Walras 1890, 162-163).

En estas citas se observa el ideal de las ciencias físico-matemáticas para la economía y la no pertinencia de la experiencia para elaborar la misma, ya que se recurre a esta no para confirmar las teorías, que fueron validadas de forma deductiva, sino para aplicarlas.

Por otro lado, Marshall consideraba que la economía, precisamente por tratar con una realidad históricamente variable, no podía producir verdades eternas, sino que era una especie de máquina que debía servir para producir las teorías adecuadas a cada caso.

“Pero, en tanto atribuimos esta alta y trascendente universalidad al esquema central del razonamiento económico, nosotros no podemos asignar universalidad a los dogmas económicos. Por que la parte de la doctrina económica, que puede reclamar universalidad, no tiene dogmas. No es un cuerpo de verdades concretas, sino una máquina de descubrir verdades concretas, similar a, digamos, la teoría de la mecánica.” (Marshall 1885, 159).

En Marshall, lo que interesa es la contrastación permanente de los razonamientos. En este sentido, el autor sostiene que siempre conviene eludir las largas cadenas de razonamientos para evitar los errores que estas puedan provocar. Hay que testear cada paso del razonamiento contra la realidad.

“Pero hasta en la mecánica las largas cadenas de argumentos deductivos sólo son directamente aplicables a los trabajos de laboratorio. Rara vez constituyen una guía suficiente para tratar los materiales heterogéneos y la combinación compleja e insegura de las fuerzas del mundo real. Para ese fin necesitan ir acompañadas de experimentos específicos y ser aplicadas en armonía con un estudio continuo de nuevos hechos y una búsqueda continua de nuevas inducciones... Las fuerzas que la economía ha de tener en cuenta son más numerosas, menos definidas, menos bien conocidas y más diversas en carácter que la de la mecánica, y el material sobre el que actúan es más inseguro y menos homogéneo...” (Marshall 1920, TII 596)

De esta cita es importante remarcar que, frente a la búsqueda de ciertos mecanismos subyacentes que proponía Walras, Marshall nos muestra toda la riqueza fáctica que caracteriza a la economía.

Finalmente:

“El uso principal de las matemáticas puras en las cuestiones económicas, parece ser el de ayudar a escribir rápidamente y con brevedad y exactitud algunos de los pensamientos propios para el uso propio, y el de asegurarse que se tienen bastantes premisas para las conclusiones (es decir, que las ecuaciones no son ni mayores ni menores en número que las incógnitas). Pero cuando se hace preciso usar muchos símbolos, éstos se vuelven muy laboriosos... parece... poco convincente aconsejar a alguien la lectura de largas versiones de doctrinas económicas expresadas en matemáticas, que no han sido hechas para él. En un Apéndice al presente trabajo se han reunido unas pocas muestras de aquellas aplicaciones del lenguaje matemático que han probado ser más útiles para el objeto que en él se persigue.” (Marshall 1920, TI 10).

Thomas Mayer, en su libro, *Truth versus precision in economics* (1993) considera que podemos dividir la teoría económica en dos tipos extremos: (a) la economía como teoría formal, cuyo modelo de rigor y excelencia lo debemos buscar en las disciplinas formales, como la lógica y las matemáticas, y; (b) la teoría económica como disciplina fáctica, que toma a las ciencias empíricas como su modelo. Veamos la economía como disciplina formal.

Las teorías económicas formalistas son sistemas axiomáticos con-

struidos a partir de unos pocos supuestos cuya validez no está en discusión. A partir de aquí, por medio de una estricta deducción lógica, se desarrollan teoremas cuya verdad está garantizada por la verdad de los supuestos. El rigor lógico y la elegancia de las demostraciones son considerados los valores supremos a los que debe aspirar una teoría. En muchos casos, este énfasis en el rigor y la precisión se hace en desmedro de la relevancia empírica de los asuntos a tratar.

¿Cuáles son las características del formalismo? Veamos tres de ellas:

El énfasis sobre el rigor lógico de las demostraciones. Los modelos son evaluados básicamente en función de su consistencia interna.

Se privilegian los aspectos “técnicos”, entendiendo por técnicos solamente aquellos desarrollos que implican un gran manejo matemático. La escuela formalista tiende a no considerar aquellos aspectos de la realidad que no pueden ser cuantificados y expresados en forma matemática.

Si bien se reconoce que la economía es una ciencia empírica, no existe una preocupación en establecer patrones estadísticos de aceptación. Como dice Sargent, si las predicciones no son “obscenamente distintas a los datos”, ellos parecen estar satisfechos. (Citado por Mayer 1993, 88).

Una crítica particularmente interesante de Mayer es que los formalistas aplican “el principio del eslabón más fuerte”. Es decir, enfocan su investigación sobre aquellas partes de la investigación que se encuentran más desarrolladas y consolidadas, en general las formalizadas, de manera tal que los riesgos al fracaso se disminuyen, al costo de no interesarse por problemas que pudieran resultar más relevantes.

Otra característica de los economistas formalistas es el exceso en la utilización de las matemáticas. En un encuentro organizado por Kenneth Arrow en el Santa Fe Institute entre economistas teóricos de la línea formalista y científicos naturales, estos últimos quedaron asombrados al descubrir el rigor matemático de los economistas, mayor aún que el de los físicos. Los científicos naturales resultaron ser más exigentes con los testeos empíricos que los economistas formalistas. Por ejemplo, el físico Per Bak, al ser consultado por un economista

sobre el tipo de pruebas que utilizaba, respondió que fueron todas producidas por el trabajo experimental. (Citado por Mayer 1993, 29).

Un segundo tema es el vacío histórico-social de la teoría sraffiana, donde las relaciones sociales son confinadas a cuestiones vinculadas a la Historia Económica, a la Política Económica, etc., pero no a la teoría económica, dominada por las relaciones matemáticas.

Este vaciar a la economía de relaciones sociales puede ser cuestionado en la actualidad cuando, a partir de la obra de Roy Bhaskar y su concepto de que la ontología subyacente en las ciencias sociales es un entramado de relaciones sociales, los post-keynesianos de Cambridge han desarrollado, alrededor de la figura de Tony Lawson, un fructífero programa de investigación en ese sentido.

Un aspecto sumamente estimulante del trabajo de Azcurra es el análisis del mercado de trabajo en Sraffa y los supuestos del cual parte el mismo, en particular las dificultades teóricas que origina la división del salario entre una parte de subsistencia (que reduce al obrero a poco más que un animal más destinado a la producción, al cual hay que alimentar), y una apropiación por parte de la clase obrera de parte del excedente (Ver en particular puntos 6, 7 y 8 del libro).

Finalmente, veamos el problema central del texto: ¿es la teoría de Sraffa compatible con el marxismo? Este tema originó una larga polémica alrededor del problema de la transformación, en la cual Azcurra toma partido por quienes sostienen la incompatibilidad básica entre ambas teorías. El problema radica en la necesidad o no de pasar por los valores para llegar a establecer los precios. Desde la postura marxista, que no acepta la explicación sraffiana, se sostiene que es necesario pasar por los valores, porque es precisamente en el nivel de las relaciones de producción donde se origina la plusvalía que dará origen a todas las formas de ingreso. Por tomar un ejemplo connotado, Ronald Meek sostiene:

“Por tanto, a juicio de Marx, si se quieren disipar por completo las ilusiones creadas por la competencia, es vitalmente necesario postular la existencia de una magnitud concreta anterior —es decir, a grandes rasgos una magnitud independiente de los precios de mercado— que pueda considerarse como constitutiva de la fuerte última de ganancia y de renta y limitadora del nivel global de estos ingresos. En su sistema, esta magnitud concreta anterior se com-

pone de los *valores* de las mercancías. Como él dice, el valor de una mercancía, después de deducir el valor del capital constante consumido, es la magnitud previa que se divide en salarios, ganancias y renta. Y una vez descontado el salario... queda el *plusvalor*, esa magnitud fundamental que constituye la fuente última de la ganancia y la renta..." (Meek 1977, 156).

Pero aún viendo con esa claridad el núcleo del problema, y afirmando explícitamente que en el corazón del pensamiento marxista está el fenómeno de la explotación, no deja de hacer concesiones al modelo sraffiano:

"...Pero no puedo ver que corramos ningún gran riesgo ideológico si tomamos los modelos de Sraffa como base técnica general (como sí dijéramos) de nuestro análisis y, en caso necesario, especificamos sencillamente cualquier dato adicional que se requiera." (Meek 1977, 163).

No obstante, precisamente allí radica el problema. Los factores sociales no son un dato adicional, sino que son constitutivos del fenómeno a estudiar.

En resumen, un texto denso, profundo, que exige una lectura atenta y cuidadosa, y que plantea una serie de problemas sumamente relevantes para la economía. Es cierto que el autor defiende una posición personal definida, pero también es discutible la presunta objetividad de algunos textos que parecen plantear que se puede estudiar un tema sin tener posiciones tomadas frente al mismo.

"La particularidad del carácter político-social de un problema es-triba precisamente en que éste no puede ser resuelto a partir de unas consideraciones meramente técnicas basadas en unos fines establecidos, sino que puede y debe lucharse por las propias escalas de valor reguladoras, puesto que el problema afecta ya al ámbito de la civilización en general..." (Weber 1904, 12).

Bibliografía

- Gouldner, Alvin, 2001, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Marshall, Alfred, 1885, The Present Position of Economics, en Pigou, A., C. (ed.) *Memorials of Alfred Marshall*, 1925, pp.152-74.
- , 1931, *Principios de economía*, 8ª edición, El Consultor Bibliográfico, Barcelona, España.
- Mayer, Thomas, 1993, *Truth versus precision in economics*, Cambridge University Press.
- Meek, Ronald, 1977, *Smith, Marx y después*, Siglo XXI, Madrid.
- Olivé, León, 1996, *Razón y sociedad*, Distribuciones Fontamara, México D.F.

Walras, León, 1987, 4ª edición, *Elementos de Economía Política Pura*, Alianza Universidad, Madrid.
Weber, Max, 1971, La objetividad del conocimiento en las ciencias sociales y la política sociales, en *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Ediciones Península, Barcelona, pp. 5-91.

Ricardo Borello

Uniersidad Nacional de Lujan	rborrello2006@yahoo.com.ar
------------------------------	----------------------------